

Savia nutriente al árbol de la Revolución

Por **Marta Rojas**.

Granma, 21 de diciembre de 1980, p.3.

El pueblo es la savia de las revoluciones, del Partido; el elemento vivificador, como la sustancia que circula por los vasos de las plantas para su nutrición. Mustias son las hojas de una rama sin savia, el tronco que de ella no se nutre se atrofia o muere, la vida del Partido está en la savia que sólo pueden proveer las masas, esa gran surtidora de hombres e ideas. .

Hubo fiesta de masas en la Plaza donde el pueblo respaldó a su Comité Central; Fidel había dicho que ésta es el Comité Central del Pueblo porque en él están representadas nuestras masas no sólo indirectamente a través del Partido, sino por sí mismas; allí se encuentran numerosos hombres y mujeres que proceden de la gran masa, como dirigentes de base vinculados directamente a una esfera de trabajo o sin ser siquiera dirigentes sino hombres y mujeres que investidos del prestigio de su propio trabajo sus compañeros determinaron elevarlos a cantera del Comité Central y el Segundo Congreso de nuestro Partido Comunista los eligió miembros.

En nuestro Comité Central hay historia —historia es Fabio Grobart, historia es el mismo Fidel, la historia es la raíz—, hay héroes y hay pueblo anónimo; es la constante de la norma revolucionaria de Fidel, de su estilo de aglutinación y lucha para engrosar las filas de sus ejércitos, de civiles o de soldados, de sus vanguardias; son aquellos desconocidos del Moncada, o los guajiros ignorados de la Sierra, o los héroes hasta entonces anónimos de Girón. Un día dijo "en el pueblo hay muchos Camilos", y los hubo. Veinte años después retomó la frase y concluyó que había también muchos Arnaldo Tamayo en el pueblo, y los hay. Parafraseándolo podríamos afirmar con el ejemplo del Segundo Congreso, que hay también en el pueblo muchos miembros del Comité Central, y los hay; aunque todos no aparezcan, porque ha de existir un tope necesario, en la nómina efectiva y suplente presente ayer en la Playa de la Revolución ante más de un millón de personas.

Sé de una sencilla enfermera que partió una y otra vez a realizar tareas internacionalistas, trajo medallas, diplomas y trofeos y a su regreso en una y otra ocasión se incorporó a su Sala en el Hospital con la sencillez y modestia más ejemplares que podamos imaginar.

Sé de un joven funcionario de la antigua COR de una provincia, ferviente activista de la solidaridad con Viet Nam que, paso a paso, el resultado de su eficiente labor en cada escalón del Partido lo elevó a

la dirigencia y hoy es miembro suplente del Buró Político del Comité Central.

Sé de una muchacha pobre y negra que al triunfo de la Revolución encontró su asidero en el Bon de milicias "Lidia Doce", continuó en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y hoy es miembro suplente del Comité Central.

Son muchos: obreros, técnicos, científicos, artistas —como uno que llevó el teatro con tenacidad y fuerza espartana a lo recóndito del Escambray desde aquellos tiempos en que el enemigo instaló allí su madriguera.

Ese es el pueblo, ésas son las masas elegidas.

1980 ha sido el año de las masas; movidas por un resorte de sentimiento patriótico se organizaron espontáneamente en Enero para rendir el último y único homenaje posible a Celia —ninguno ella a c e p t a b a— cuando aquella tarde pesarosa se trasmitió la noticia de su muerte, reconociendo el pueblo en aquella marcha callada, tras sus restos, los grandes méritos de quien se alimentaba, casi únicamente, con el calor de las masas.

Abril y mayo fueron los meses de La Marcha del Pueblo Combatiente, el combate popular inerme más impresionante de todos los tiempos en nuestro país, victorioso por demás.

Las Marchas del Pueblo Combatiente revitalizaron el espíritu revolucionario, fortalecieron al Partido» cohesionaron a las generaciones y también fueron savia nutriente, tan necesaria al árbol de la Revolución como este nuevo Comité Central proclamado en diciembre.